

Los límites en los niños y niñas como actos de amor y orientación para el crecimiento saludable.

Un niño no es solo un niño que evoluciona y que deberá atravesar ciertos estadios esperables, sino que también es un ideal evolutivo, porque ya antes de nacer, porta los emblemas paternos. Esto marcará al recién nacido, e irá construyendo su condición de sujeto en su relación con otras personas y sobre todo con quienes esté ligado el niño a partir de su crianza: padres, maestros, tutores.

En este sentido, marcar también podría ser leído como limitar, poner un tope, que indica una dirección o una orientación, trazando un camino o un recorrido. Son normas que definen las conductas esperadas en un contexto determinado. Señalan lo que está permitido y lo que está prohibido en una sociedad y en una familia o grupo de personas. Son adquiridos y transmitidos mediante un proceso de construcción vincular, es decir, que se aprenden en el núcleo familiar y con los otros, y son impartidos por los adultos, que son afectivamente importantes para el niño. Están asociados a los valores y la singularidad de cada grupo familiar, particularidades a cada medio social y cultural. Por ejemplo, cuando un niño aprende a hablar también está aprendiendo a respetar límites, ya que la adquisición del lenguaje implica la aceptación de códigos y reglas. Con el lenguaje el ser humano se reconoce como parte y heredero de un orden cultural.

Cabe destacar, que los límites contribuyen a la maduración psicológica del niño, fundamentalmente, porque todos somos limitados, no somos omnipotentes, no vamos por la vida haciendo a nuestro antojo y capricho. Y aprender eso desde pequeños puede ayudarnos mucho de adultos. Hay que enseñarles a aceptar un no, a entender que no todo saldrá siempre como lo desea, que no siempre va a lograr lo que se propone y que no es el fin del mundo si esto sucede.

De esta manera, el infante va a ir desarrollando tolerancia a la frustración, un rasgo fundamental de la personalidad adulta. Aceptar límites o normas implicarían la capacidad para tolerar la frustración que significa postergar el deseo o desplazarlo para buscar una satisfacción socialmente permitida. Cuando un papá dice “eso no”, “basta” o “no hay más” está funcionando como un representante de lo real - al límite mismo - para ese hijo: le está adelantando situaciones que tarde o temprano deberá experimentar y por tanto lo está ayudando a crecer.

En definitiva, qué sería si no fuera un acto de amor, indicarles el camino.

Lic Carolina Balmaceda.
Psicóloga
MP 62177 MN 55322